

Inútil tribulación de pensar

Horacio José Fuentes



Capítulo 1

Inútil tribulación del pensar

Digo que el verbo pensar, solo debería conjugarse en la primera persona del singular –yo pienso. Va lo mismo para los modos y tiempos pasados del verbo. No quiero ni asomarme al tiempo y modos futuros de pensar; porque el futuro es solo una fantasía, un deseo, una ansiedad. En fin digo esto porque si hay alguien que puede saber que fehacientemente piensa, es uno mismo. Los verbos son acciones, conductas observables, actos concretos que se perciben a través de los sentidos. Pensar es interno. Y si bien uno puede decir algo que concuerde con lo que piensa, lo que se percibe es el sonido de las palabras pronunciadas que alegan lo irreveleable pensado por el pensante, pero no se percibe el pensamiento, que es intangible y solo existe para el que pensó, o sea uno y no el otro. Las otras personas conjugables: tú; él/ ella; nosotros/ nosotras; vosotros/vosotras; ellos/ellas; no deberían conjugarse. Decir: tú piensas, es decir yo supongo que piensas, porque no hay forma de obtener una prueba física de que el otro esté pensando y mucho menos el tenor de lo supuestamente pensado por aquel/aquella.

Mientras escribía esta cuestión del pensar, me preguntaba ¡qué paradoja! ¿Qué pensará María de mí? Ella siempre tan distante y dolorosamente (para mi) gélida. Ella me atraía, con su presencia misteriosa y autoprotendida por un hermetismo inexpugnable. Irremediamente miope, yo me sentaba siempre en los primeros bancos del aula, de tanto en tanto giraba mi cabeza para mirarla disimuladamente, ella siempre atenta a la clase, concentrada; era una muy buena alumna, aplicada y cumplidora; todo lo contrario a mí, que era muy distraído y “volador”.

Algunas veces le mandé notitas anónimas las que nunca blanquee cobardemente. Nunca pude o tuve la oportunidad de hablarle más allá del saludo inevitable. El último día de clases de la secundaria le envíe esa nota con las tribulaciones del pensar, esta vez firmada. No obtuve respuesta y unos días después ya no volví a verla.

Algunos años después, circunstancialmente me encontré con María en un evento cultural. La reconocí de inmediato, esta vez no dudé en acercármele y preguntarle si me recordaba y como estaba después de tanto tiempo. Ella me confirmó que me recordaba y que se encontraba bien. Mientras recorríamos la muestra juntos, comentamos algunas cuestiones intrascendentes sobre nuestras respectivas vidas, así llegamos a los recuerdos del secundario.

Le dije que en aquel tiempo me dolía su indiferencia, que por una cobardía injustificable le había enviado notas anónimas y que nunca me atreví a

acercarme.

Lástima me dijo, porque yo sabía que era vos quien me enviaba esas notas, y me hubiera gustado que te acercaras. –pero...la última nota la firme... entonces... Ella me interrumpió impiadosa. –sí, esa última nota terminó por confirmarme que eras un pelotudo.

Horacio Fuentes

-